

## Toda historia tiene un comienzo...

«El hombre es tierra que camina...» -Atahualpa Yupanqui

Esta historia se inició casi a finales de los años mil ochocientos y muy lejos, allá en la vieja Europa. Dos familias se transformarían en las protagonistas, claro que sin saberlo ellas entonces. Ambas eran oriundas de la provincia de Chieti, *bella* región de los Abruzos, en Italia. Una familia habitaba en el pueblo de Tornarece, mientras que la otra, a unos cincuenta kilómetros de allí, pertenecía al pueblo de Castiglione Messer Marino. Ninguna de las dos familias se conocía entre sí, nada las relacionaba. Lo que sí tenían en común es que las cosas no andaban bien para ambas, el presente era de mucho trabajo pero insuficiente dinero, y no se vislumbraban mejoras para los años venideros. Decidieron entonces lo mismo que otras tantas familias italianas, emigrar hacia nuevas tierras en busca de un futuro más prometedor.

¿Y cuál fue el sitio elegido para recomenzar sus vidas? Un tranquilo lugar al sudeste de la provincia de Buenos Aires, en Argentina. Este lugar poseía un nombre que hasta los mejores novelistas envidiarían para sus argumentos: Laguna de los Padres. Si esa no era la tierra soñada por tantos inmigrantes, al menos les devolvió el sueño reconfortante y la calma a sus esperanzadas vidas. Buenos y fértiles campos para la cosecha, deseosos de gente de trabajo, los recibieron. Incluso las ciudades y los pueblos cercanos dieron una bienvenida sin ceremonia pero con dignidad a la labor de carpinteros, herreros, albañiles y todos los artesanos que llegaron de los barcos. Allí, no mucho tiempo después de establecerse en Laguna de los Padres, por primera vez habrían de conocerse dos miembros de las familias italianas que dieron inicio a esta historia.

A tanta distancia de su origen la nostalgia debió ser un sentimiento común entre los de mayor edad. Añorar la *terra* fue algo que los sorprendió, algo con lo que no contaban ni sospecharon. Alguien seguramente propuso formar congregaciones, hacer reuniones, fiestas, bailes. Y sin duda alguna allí los inmigrantes encontraron lo mejor de ambos mundos. Por otro lado los más jóvenes, los que llegaron casi niños, prácticamente sentían que esa tierra era su única tierra, y no tuvieron mayores inconvenientes en adaptarse, vivir normalmente y crecer. En poco tiempo esos niños se convirtieron en adolescentes, y precisamente dos de ellos, la *ragazza* Herminia, quien vino con su familia desde Tornarece, y el joven Loreto, venido con los suyos desde Castiglione Messer Marino, se conocieron y además, en buena hora, se enamoraron. Herminia tenía apenas 17 años y Loreto sólo 19, pero ambos decidieron unir sus vidas para siempre y así lo hicieron un 24 de octubre de 1903. Hasta el siglo nuevo se abría en flor para ellos.

Todas las familias de la zona crecían, y muchas necesitaban ampliar sus casas o directamente construir otra más. Loreto, de profesión albañil, encontró buen trabajo para alimentar, ahorrar y también hacer crecer a su familia. En aquellos años benévolos la economía le permitió juntar a Loreto unos cuantos pesos y junto a su esposa Herminia se mudaron a la cercana ciudad de Balcarce. En el número 321 de la calle 13, Herminia Deramo y Loreto Fangio establecieron su hogar definitivo y decidieron convertirse en padres.

Su primer hijo fue bautizado José, luego llegó Herminia, le siguió Carmen, después Juan Manuel, a quien con el tiempo lo apodarían «chueco» por sus piernas combadas, Celia y por último Rubén, más tarde conocido como «toto».

Los chicos crecían y a medida que llegaban a la edad escolar sus padres los mandaban al colegio, pero al igual que las chicas ayudaban luego a su madre en la casa los muchachos también tenían que ayudar en el trabajo a su padre. Todo era espíritu de colmena en esa familia. Sin embargo uno de los varoncitos demostraba pocas ganas para la albañilería. Loreto debía hacer algo, no podía permitir que la vagancia se adueñara de su hijo, y tampoco quería obligarlo a trabajar con él por la fuerza y llenarlo de rencor.

La solución fue entonces llevar al pequeño Juan Manuel a trabajar en la herrería del vecino Francisco Cerri, donde se arreglaban los carruajes y se hacía todo tipo de forja de metales. Pero el problema del muchacho aparentemente no era la albañilería si no las pocas ganas para el trabajo, y como en la herrería había de sobra el aprendiz duró muy poco tiempo allí. Esto no les gustó nada a sus papás Herminia y Loreto, que se preocupaban mucho por que todos sus hijos fueran personas de bien. Así que inmediatamente pasó a trabajar en el taller mecánico de otro vecino, don Capettini. Allí, Juan Manuel, próximo a cumplir los 11 años, se dedicaba «simplemente» a barrer el lugar. Para sorpresa, Juan Manuel llegaba siempre temprano a su trabajo, aunque no tanto para darle a la escoba si no para aprovechar la poca actividad y mover un Panhard Levassor con transmisión a cadena del que don Capettini era dueño. Se paraba sobre la manija de arranque y encendía el motor, luego daba marcha atrás para limpiar el piso, su trabajo, y después hacia delante, para volverlo a su lugar. Sin saberlo papá Loreto, mucho menos mamá Herminia, ni sus hermanos o don Capettini, con la excusa de limpiar el lugar el pequeño Juan Manuel repetía esa escena varias veces al día y se entretenía manejando el Panhard. Jugaba como todo niño, sí, pero en esa actividad se fertilizó una semilla de porvenir. En la diversión de hacer andar al primer auto que tuvo entre sus manos el pequeño Juan Manuel había descubierto su propio destino. Y en cierta forma, como lo hicieron sus abuelos, una voz interior lo hizo emigrar para su bien. Decidió cambiar por motores y aventura ese futuro de albañil que no le resultaba tan promisorio. Aunque casi nadie pondría hoy en duda, mucho menos sus abuelos, sus padres o hermanos, que Juan Manuel construyó bastante bien su propia historia. •

